
FRANCISCO GUTIÉRREZ CARBAJO (ed.)

Alejandro Sawa:
Declaración de un vencido. Criadero de curas

Madrid, Atlas, 1999, 239 p.

Hay que comenzar por felicitarse de que, por fin, las novelas de Alejandro Sawa vayan saliendo de la Biblioteca Nacional y estén disponibles para los lectores actuales. Contábamos ya, desde 1988, con su primera novela, *La mujer de todo el mundo* (1885), editada por José Esteban (Moreno Ávila Ed.), aunque sin notas y con una brevísima introducción informativa, y ahora, la BAE nos facilita, en edición anotada de Francisco Gutiérrez Carbajo, *Declaración de un vencido* (1887) y *Criadero de curas* (1888).

Alejandro Sawa (1862-1909) ha permanecido desde su muerte en la galería de los malditos, recordado sobre todo por sus originalidades personales (su melena, su pipa, su perro), por curiosidades sobre su muerte y por haberse convertido en personaje literario gracias a contemporáneos suyos como Baroja, Valle Inclán o Darío. Salvo por algunos estudios globales o comparativos de su obra realizados por expertos y algún que otro trabajo universitario perdido en bibliotecas, poco más de concreto hemos sabido —si dejamos de lado los numerosos artículos que aluden a aspectos parciales o a lo ya muy trillado— sobre este escritor hasta que, en 1998, Pura Fernández publicara una correspondencia inédita cruzada entre él y su mujer, la francesa Jeanne Poirier, desde 1892 a 1898, que revela aspectos sobre su carácter o su afición al juego, datos que nos lo hacen más “real”, y que incluso explican, más que su conocida adicción a la bebida, el desequilibrio entre su capacidad de trabajo y de comprensión de su entorno político y literario, y sus crecientes penurias económicas o su muerte en la miseria.

La introducción de Gutiérrez Carbajo incide en los aspectos biográficos más conocidos del escritor, trazando su perfil, sobre todo, desde la percepción que Sawa tenía de sí mismo y de su situación, plasmada en su diario *Iluminaciones en la sombra*; perfil que completa con aquellos aspectos de su vida que lo han convertido en leyenda

literaria, y con la fijación de las coordenadas políticas y sociales que, vividas con intensidad, serán la base de su escritura.

La segunda parte de su introducción aborda el estudio de la obra novelística de Sawa, a través de los personajes, de los aspectos temporales y espaciales y de la voz narrativa. Un estudio que recorre las novelas escritas entre 1885 y 1888 (no alude a su posterior evolución modernista) señalando el comportamiento de los elementos narrativos a la luz de los conceptos básicos de la teoría de la novela, y poniendo de manifiesto las similitudes de las novelas del escritor en torno al modelo naturalista desde el que se escriben.

Sin embargo, ese análisis de los elementos narrativos, si bien pone en común aspectos recurrentes en las novelas de Sawa, deja sin cubrir una cuestión a mi modo de ver importante, como es el cuestionamiento del modelo naturalista del escritor y su aplicación en las diferentes novelas que escribe. La lectura atenta de *Declaración de un vencido* y de *Criadero de curas* invita a un estudio que establezca las características del modelo naturalista francés y de su adopción posterior en España, incluida la aplicación del mismo Sawa, teniendo en cuenta que, en 1887, ya se habían publicado las principales novelas naturalistas de Pardo Bazán, Pérez Galdós o Narcís Oller, y que, por tanto, las novelas de Sawa y las de López Bago eran entonces consideradas una rama adicional, más combativa, del discurso naturalista. Cuestiones como el uso de la primera persona en *Declaración de un vencido*, o la intervención siempre de un narrador que constantemente interviene en el discurso, más allá de la omnisciencia, para provocar una respuesta afectiva en un narratario siempre presente, o un romanticismo que desborda los límites realistas, son datos que necesitarían un estudio pormenorizado que defina mejor el modelo del discurso naturalista del escritor, y, al mismo tiempo, permita repensar la etiqueta de “naturalista radical” que se le encasqueta. Porque, ¿acaso el naturalismo de Zola no es radical? ¿Qué diferencia de radicalidad puede establecerse entre *Germinal* y *Declaración de un vencido* o *Criadero de curas*? ¿Estamos hablando de la forma de la enunciación o de los contenidos ideológicos?

Gutiérrez Carbajo acepta de principio y sin discusión el naturalismo radical de Sawa, cuando acepta también, sin cuestionárselas, las afirmaciones del narrador, en ambas novelas, sobre su propia adscripción naturalista. A mi modo de ver, no basta con creer al narrador cuando hace alarde del uso del biologicismo decimonónico, cuando tiene que indicar que está *practicando la observación o tiene en cuenta la herencia genética*; o si confiesa, en fin, un enfrentamiento entre la sociedad y el individuo (impuro), cuando lo que en realidad se lee en ambas novelas es la queja constante, por encima del protagonista, de un narrador fuertemente intervencionista, e incluso, como en *Criadero de curas*, realmente panfletario. Pero el naturalismo no es una cuestión formal de detalles o alusiones, sino un discurso coherente con sus propias leyes internas y su particular visión del mundo, que hay que aplicar cuidadosamente, incluso



cuando, como les sucedía a los escritores españoles, no se comparten todos sus presupuestos.

Hay que presumir que el editor conoce estas cuestiones, aunque se olvide de hablar de ellas, ya que una mirada a la bibliografía que cita —Oleza, Pattison, Botrel, Lissorgues, etc.—, y sus propias publicaciones, así parecen indicarlo. Sin embargo, al dar por hecha la adscripción naturalista *radical* de Sawa, sin indicar con precisión en qué técnicas narrativas de éste se basa, deja de lado las diferentes gradaciones de la misma, o las desviaciones que practica, que es, precisamente, lo que hace de él un autor tan personal y tan cambiante.

Los dos capítulos siguientes de la introducción están dedicados a una visión más directa de las dos novelas, siguiendo el itinerario de la acción narrativa en sus capítulos. También aquí se echa en falta un estudio más pormenorizado, si no ya de los elementos narrativos (aunque la comparación de los espacios de opresión y los tiempos de iniciación de los protagonistas hubiera dado para más), sí de los bloques temáticos que dan realmente los puntos de fuerza de la escritura de Alejandro Sawa. Por ejemplo, el fascinante mundo de las mujeres, especialmente de las prostitutas, que Sawa despliega en sus novelas, y que presenta en *Declaración...* unos modelos importantes en Julia y Carmen, por lo menos. O la reflexión acerca del mundo de la prensa y sus conexiones con el poder, como base del aprendizaje político y profesional del protagonista. Etcétera.

Junto a notas muy ajustadas en cuanto a la contextualización histórica o para conectar entre sí las demás novelas de Sawa, Gutiérrez Carbajo incluye otras tal vez no necesarias en una edición de este nivel, como son las de explicación de palabras como “éter”, “poliandria”, “batahola”, “charrán”, “cómitre” o “adarme”, sin duda una deformación profesional de quien va conociendo de cerca las carencias de vocabulario y la pereza en consultar el diccionario tan extendidas entre las últimas generaciones de lectores.

Muy completa resulta la bibliografía que cierra la introducción, y que permite al lector profundizar por su cuenta en la vida y la trayectoria de Sawa en sus diferentes facetas; aunque omite citar, completando la lista de publicaciones rescatadas de Sawa, dos cuentos editados por Pura Fernández en *Angélica* (7, 1995-96). Confiamos en que las demás obras de Sawa irán siendo también editadas, para que este escritor, tan conocido y tan poco publicado, ocupe su lugar en la historia de la literatura por sus propios merecimientos, y no por la leyenda de que ha sido rodeado. Esta edición, *tutto sommato*, es, para ello, un paso importante.

MARÍA JOSÉ NAVARRO